

La Rochefoucauld

Sombras morales en la Corte del Rey Sol

Juan Aranzadi

«Es tan fácil engañarse a sí mismo sin darse cuenta como difícil engañar a los demás sin que se den cuenta».

(«Máxima» N.º 115)

HACE 300 años, en la noche del 16 al 17 de marzo de 1680, moría de un violento acceso de gota el duque de La Rochefoucauld tras recibir poco antes la extremaunción de manos de Bossuet. Su inmortalización en la memoria de la posteridad se debe sin duda a sus «Reflexiones o Sentencias y Máximas morales»; en ellas sedimentó intelectualmente la experiencia que nos narra en sus «Memorias», serena crónica de una agitada vida que se vio envuelta como protagonista en las graves convulsiones que sacudieron a Europa y a Francia durante el siglo XVII.

LA EPOCA

La Rochefoucauld padeció en carne propia los dolores del difícil parto del Estado moderno en la Europa del Noroeste. Mientras el poder de los Austrias decaía, Holanda recogía los frutos de casi un siglo de rebelión contra España y la revolución inglesa de Cromwell hacía rodar por los suelos la primera testa real decapitada, Francia enfrentaba durante la minoría de Luis XIV la difícil herencia política de Richelieu. El Absolutismo Monárquico que el cardenal había conseguido cimentar arruinando al partido hugonote, doblegando a la nobleza y sus clientelas provinciales, reprimiendo las revueltas populares y sometiendo toda Francia a una red

de intendentes centralizada en un ministeriado omnipotente, se exponía al morir su principal artesano a las tendencias centrifugas que su propia gestación había generado: las exigencias fiscales de una política exterior megalómana y las consecuencias económicas de la larga guerra con España sumieron al pueblo en la miseria y el descontento, incitándole a la rebelión; las cortapisas centralizadoras y absolutistas suscitaban las protestas del Parlamento y de las provincias contra los intendentes y el ministeriado; y el descontento de la nobleza la lanzó a un hervidero de intrigas y complots que no retrocedía para satisfacer sus intereses ni ante la alianza con la bur-

guesía y el pueblo ni ante el pacto con el enemigo extranjero. Minada por tantos y tan diversos conflictos, la Regencia de Ana de Austria, inaugurada en 1643 tras una buena cantidad de maquiavélicas intrigas en torno al moribundo Luis XIII, no estuvo lejos de ver anegada la Monarquía bajo esa compleja mezcla de rebelión feudal de los nobles, revolución parlamentaria de la burguesía y revuelta popular que fue bautizada como **Fronde**. **Una fronde** es tanto una honda como un tirachinas o tiragomas: entre 1648 y 1652 fueron varios los «tirachinas» que apuntaron con variable éxito contra la Regente y su ministro, el cardenal Mazarino. El 27 de agosto de 1648,



Francisco VI, príncipe de Marcillac, posteriormente duque de La Rochefoucauld (1613-1680). Cuadro atribuido a Mignard. (Colección del duque de La Rochefoucauld).

al poco tiempo de haber aceptado la reina un programa de reformas elevado por el Parlamento que incluía la supresión de los intendentes y diversas medidas de control del poder real, el pueblo de París se lanza a **las barricadas** para obtener la libertad de Broussel y otros magistrados de la oposición que habían sido detenidos por Mazarino con la intención de amedrentar al rebelde Parlamento: la reina se ve obligada a su liberación y a renovar sus concesiones. Pero Mazarino no se resigna y prepara la revancha de la Corte haciéndola salir previamente de París de modo clandestino para doblegar después a la discolia ciudad: tal maniobra provoca la **Fronde parlamentaria** (1649): se movilizan las milicias burguesas y se coloca a su cabeza el sector conspirativo de la nobleza ligado por el pacto de Noisy (presidido por el príncipe de Conti, su hermana la duquesa de Longueville y el marido de ésta, el duque de La Rochefoucauld —su amante—, y el coadjutor de París, futuro cardenal de Retz). Pero el Parlamento no encuentra su Cromwell, burgueses y nobles vacilan y dudan, las milicias no responden y la Paz de Reuil devuelve a la reina su poder a cambio de una amnistía.

Mazarino sabe que le debe su victoria al príncipe de Condé, que optó finalmente por la Corte abandonando a los «frondeurs»; mas éste, lejos de saber aprovechar su privilegiada situación, se deja enredar en los manejos de Mazarino, que culminan en su detención junto a su hermano el príncipe de Conti y el duque de Longueville: ha comenzado la **Fronde de los Príncipes**, que tras diversas vicisitudes culminará, ya mayor de edad Luis XIV, en la guerra

civil. Durante ésta, que dura prácticamente todo el año 1652, la nobleza se fracciona, traiciona y cambia de bando con pasmosa facilidad, Condé se alía con los españoles contra el rey, el Parlamento de París vacila hasta decidirse por Condé y abandonar más tarde, las provincias oscilan de un lado a otro, y revueltas populares radicales como l'Ormée de Burdeos (que proponía como ejemplo la república de Cromwell) se ven integradas en una lucha de facciones que en ningún caso llegan a elaborar un programa común

coherente. El resultado final será el triunfo de Luis XIV, el retorno de Mazarino, el fortalecimiento del absolutismo y la inauguración de una época caracterizada por el duque de Saint-Simon como «un largo reinado de vil burguesía».

EL HOMBRE

En medio de esta vorágine vivió Francisco VI de la Rochefoucauld, hijo primogénito de Francisco V y conocido como príncipe de Marcillac hasta que la muerte de su padre en 1650 le hizo heredar el du-



Marie-Madeleine Pioche de la Vergne, condesa de La Fayette (1634-1693). Cuadro de la Escuela Francesa del siglo XVII. (Palacio de Chambord).



Un episodio de la guerra de la Fronda. El combate del Faubourg St-Antoine, librado por Condé el 2 de julio de 1659. (Grabado de la época).

cado que le da el nombre con que ha pasado a la historia. La tradición quiere que la casa de La Rochefoucauld provenga de la casa de Lusignan, a la que la leyenda hace descender del hada Melusina mas sin llegar tan lejos ni tan alto, cuéntanse entre sus ascendientes más cercanos ilustres personajes de las armas y las letras, las dos actividades que llenarán la vida del vástago nacido el 15 de septiembre de 1613. En 1628 contrae matrimonio con Andrée de Vivonne, baronesa de Chataigneraye, que le dará cinco hijos y dos hijas; a su descendencia hay que añadir, por lo menos, el hijo tenido en 1649 por Mme. de Longueville, que «au su de tout l'univers» lo era también de nuestro hombre.

Es poco lo que sabemos de su educación primera, confiada

al poeta del Poitou Julien Colardeau: que leyó *L'Astrée* y otras novelas, y poco más.

Hasta 1642, su actividad se reparte entre una brillante carrera militar, que le valió la propuesta de Richelieu de nombrarle mariscal de campo (propuesta que rechazó por fidelidad a la reina, enemistada con el cardenal) y las intrigas de la Corte, en medio de las cuales La Rochefoucauld empieza pronto a ser víctima de los enredos femeninos: su amistad con la reina (primero amada y finalmente odiada por Richelieu, y víctima de los celos del rey tras su romántico idilio con el duque de Buckingham), con Mlle. de Hautefort (platónicamente idolatrada por el monarca) y con Mme. de Chevreuse (cómplice de la reina en todas sus intrigas y blanco privilegiado de los odios de Luis

XIII y su ministro), le hizo caer en desgracia en la Corte y le llevó a mezclarse en diversos complots que le valieron la cárcel y el exilio de París. Fue entonces, «en una edad en que se desean hacer cosas extraordinarias y deslumbrantes», cuando estuvo a punto, por exigencias de uno de esos enredos, de secuestrar a la reina y a Mlle. de Hautefort: «No encontraba nada que lo fuera más —extraordinario y deslumbrante— que arrebatar al mismo tiempo la reina al rey, su marido, y al cardenal Richelieu, que tenía celos de él, y apartar a Mlle. de Hautefort del rey, que estaba enamorado de ella».

Tan romántico paladín no tardó en toparse con la ingratitud y volubilidad femeninas: «Mme. de Chevreuse olvidó en su exilio lo que yo había hecho por ella tan fácil-

mente como la reina había olvidado mis servicios cuando estuvo en sus manos el recompensarlos». Su fidelidad a la reina durante los malos tiempos de Richelieu le había hecho concebir razonables esperanzas cuando aquélla accedió a la regencia; ni tan siquiera las claras preferencias de la regente por Mazarino le impulsaron a ingresar en la conspirativa **Cabale des Importants** («yo estaba entre sus amigos sin aprobar su conducta»), lo cual le permitió sobrevivir a la detención del duque de Beaufort y a la destrucción de la **Cabale** que llevó a Mme. de Chevreuse de nuevo al exilio tras un retorno sólo a él debido. Incluso se puso de parte del cardenal manteniendo el Poitou en paz durante las barricadas de París, por más que Mazarino no cumplió las promesas realizadas de concederle carta de duque y un **tabouret** a su esposa. Poco después, justificando su cambio de bando, el príncipe de Marcillac escribiría en su «Apología»: «Ha hecho falta que se le haya declarado al cardenal enemigo del Estado, antes de que yo me haya declarado su enemigo». A partir de entonces, y al margen de momentos de negociación y componenda, La Rochefoucauld estará en todos los conflictos frente a Mazarino... y al lado de Mme. de Longueville, que aunque por aquella época «estaba demasiado ocupada de los encantos de su belleza y de la impresión que las gracias de su espíritu causaban en todo el que la veía como para conocer todavía la ambición», fue la que le introdujo en el complot de Noisy que había de llevarle a cosechar un nuevo fracaso, felizmente lavado por la amnistía real. Ambos amantes consiguieron escapar de la



Luis II de Borbón, príncipe de Condé (1621-1686).

arriesgada e increíble filigrana tejida por Mazarino para detener a los príncipes: durante 1650 La Rochefoucauld fue el más decidido luchador por su libertad, primero en Bordeaux con las armas en la mano, y después, vencido tras heroico combate, en París con sus pactos y artimañas desde su refugio secreto en casa de la princesa Ana de Gonzaga, por la que se sintió fuertemente atraído: «tout arrive en France», le dijo irónico a Mazarino durante uno de esos extraños contactos secretos entre enemigos.

Mme. de Longueville le arrastró al lado de su hermano, el príncipe de Condé, durante la guerra civil que ella hizo todo lo posible por provocar para no tener que acudir junto a su marido que la reclamaba. Y aunque en el fondo celebró

que el duque de Nemours la apartara de él, no supo evitar unos celos que interfirieron en el curso de la guerra; no obstante, La Rochefoucauld fue durante toda la guerra civil el más sólido apoyo de Condé, luchando junto a él en la trascendental jornada de San Antonio, durante la cual fue gravemente herido. Reducido a la impotencia, asistió al motín popular que dividió París, apartó de Condé la gente de orden y favoreció la entrada de Luis XIV en la capital. Con el final de la Fronde terminó su vida de intrigante y conspirador.

En 1653, mientras se recupera de sus heridas en Damvilliers y «en la ociosidad en que de ordinario deja la desgracia», La Rochefoucauld comienza sus «Memorias», de las que aparecerán en 1662 dos ediciones piratas: hasta

seis ediciones se harán en vida del autor sin que éste llegara a autorizar ninguna ni se decidiera a publicar la auténtica, que sólo tras su muerte pudo ser exhumada.

En 1655 se inicia su relación con Mme. de La Fayette, que cuenta entonces 25 años; esta relación se irá haciendo cada vez más estrecha e íntima, colaborando La Rochefoucauld en algunas de sus novelas, como «Zaïde» y «La princesa de Clèves». Durante la estancia de Cristina de Suecia en París se convierte en su asiduo acompañante y cultiva asimismo la amistad de Mme. de Sevigné. De los juegos y disputas de ingenio que se desarrollaban en el salón de Mme. de Sablé, al que La Rochefoucauld asistía con asiduidad, salieron las **Máximas**, cuya primera edición holandesa, de 1664, también pirata, fue seguida de cuatro sucesivas ediciones autorizadas (1666, 1671, 1675 y 1678) que contienen diversas variantes, adiciones y supresiones.

Aunque en 1667 La Rochefoucauld retoma las armas para combatir junto al rey en el sitio de Lille, este moralista aquejado de gota, que había recuperado el favor de la Corte en 1659, se dedicó principalmente durante sus últimos veinte años de vida a dar la razón a su enemigo, el cardenal de Retz, que había dicho de él: «...desde su infancia quiso mezclarse en intrigas, pero... su visión no era lo bastante amplia... tuvo siempre un comportamiento irresoluto... no ha sido nunca guerrero, por más que fuera gran soldado... hubiera hecho mucho mejor conociéndose, y limitándose a pasar, como muy bien hubiera podido, por el cortesano más educado aparecido en su siglo». El año 1672, durante el cual Mme. de

La Fayette enfermó y se vio obligada a retirarse, dejándole en una soledad agravada por la muerte de su madre, de su hijo Juan Bautista y del hijo habido con Mme. de Longueville, fue particularmente aciago para La Rochefoucauld, que con dolores de gota cada vez más fuertes falleció ocho años más tarde. En 1659 había dejado escrito de sí mismo: «Soy melancólico... no soy excesivamente abierto con la mayor parte de los que conozco... Poseo ingenio y no tengo ninguna dificultad en decirlo... La conversación con gente honora-

ble es uno de los placeres que prefiero... Amo la lectura en general; la que más aprecio es aquella en la que hay algo que pueda moldear el espíritu y fortificar el alma. Sobre todo, hallo una extremada satisfacción en leer con una persona de talento... La ambición no me corroe... Soy poco sensible a la piedad y quisiera no serlo en absoluto... Amo a mis amigos, y les amo de tal modo que no vacilaría un momento en sacrificar mis intereses a los suyos... Soy de una estricta cortesía con las mujeres. Cuando poseen un espíritu bien formado, pre-



Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de Sévigné (1626-1696). Cuadro de P. Mignard. (Galería de Los Oficios, Florencia).

fiero su conversación a la de los hombres... Apruebo extremadamente las bellas pasiones... Si yo, que conozco cuanto hay de delicado y fuerte en los grandes sentimientos del amor, llego a amar alguna vez, será seguramente de este modo; pero tal y como soy, no creo que este conocimiento que poseo me pase nunca del espíritu al corazón».

MEMORIAS

De ser sinceras las «Memorias» (hipótesis de la que algunas «Máximas» podrían hacernos sospechar), nada más cierto que la disposición de La Rochefoucauld a sacrificar sus intereses a los de sus amigos: son numerosas las ocasiones en que la amistad (y el amor) le dictan el comportamiento, situando sus imperativos por encima no sólo de los propios intereses y preferencias, sino también por encima de la **razón de Estado** entendida como tal.

Pues si bien la mayor parte de las «Memorias» es un pormenorizado análisis (autojustificador) de todas y cada una de las intrigas de la Corte, una detallada reconstrucción de los movimientos, estrategias, motivaciones y expectativas de cada personaje de la Fronde, lo cual las convierte en una obra maestra de psicología aplicada, no por ello dejan de aparecer periódicamente consideraciones «objetivas» y desapasionadas sobre lo más conveniente para el país. Y así, después de mostrar su memorial de agravios contra Richelieu y celebrar las posibilidades personales que su muerte le abre, no deja de reconocer que «esta pérdida fue muy perjudicial al Estado... Nadie hasta él había conocido tan bien todo el poder del Estado, ni había sabido restablecerlo entero entre las manos del soberano». En diversas ocasiones se extiende sobre la «ceguera» y los errores de Condé, sobre los perjuicios de la gue-

rra civil y su inevitabilidad... pero ello no le impide olvidarse de todo por fidelidad a un amigo o por seguir a una mujer capaz de sacrificar el país a su capricho. Esta aparente inconsecuencia ejemplifica muy bien la inmensa distancia existente entre esta descuidada percepción del **interés del Estado** y algo mínimamente parecido a una teoría política: no hay en La Rochefoucauld nada ni lejanamente similar a las preocupaciones teóricas de un Hobbes (que reflexionaba sobre los contemporáneos acontecimientos ingleses) ni tan siquiera a las más empíricas de Maquiavelo; su horizonte esencial no rebasa los límites del individuo más que en la aristocrática dirección del honor del propio linaje; no es el poder en sí, sino sus resortes psicológicos lo que analiza. Igualmente estéril resulta buscar algo que se parezca a una teoría de la historia: ni tan siquiera el providencialismo cristiano de su con-



Alegoría del nacimiento del Delfín, el futuro Luis XIV. (Paris. Gabinete de Estampas).



Allegoria de Luis XIV con su familia. (Nocret, Palacio de Versalles).

temporáneo Bossuet parece tentar a La Rochefoucauld: el **sentido** de la Historia, como el interés de la sociedad, le traen finalmente sin cuidado; historia y sociedad no son más que el escenario en el que se desenvuelve un duelo múltiple entre voluntades y pasiones regidas por el humor y la fortuna. Por supuesto, el pueblo no hace más papel que el de comparsa: en las «Memorias» no hay más protagonistas de la **Fronde** que el puñado de nobles que tejen y destejen sus alianzas; el sutil análisis de las motivaciones de cada uno de estos personajes contrasta con la nula atención a los móviles del

Parlamento parisino o la **Ormée** bordelesa; se diría que el cambiante humor del pueblo forma parte de la imprevisible naturaleza al mismo nivel que las condiciones climatológicas. Ni política ni historia. Pero tampoco épica; en todo caso, épica degradada a psicología e impregnada de moral. Quizá, ¿por qué no?, **novela**: las «Memorias» de La Rochefoucauld, o la continuación de «Los tres mosqueteros».

LAS «MAXIMAS MORALES»

Aplíquese al material empírico de las «Memorias» la

concepción del individuo caído de los Padres de la Iglesia llevada hasta sus extremos por los jansenistas, prescindiéndose de Dios y de los efectos transformadores de la gracia, mézclese la resultante con sentencias varias de Tácito, Horacio, Ovidio, Séneca y Montaigne, añádase el poderoso influjo de Gracián, y se obtendrá algo muy próximo a las «Máximas» de La Rochefoucauld.

Una gran parte de las «Sentencias» está dedicada a ilustrar, concretar, ejemplificar y desarrollar el aforismo con que se abren: «Nuestras virtudes no son casi siempre más que vicios disfrazados»

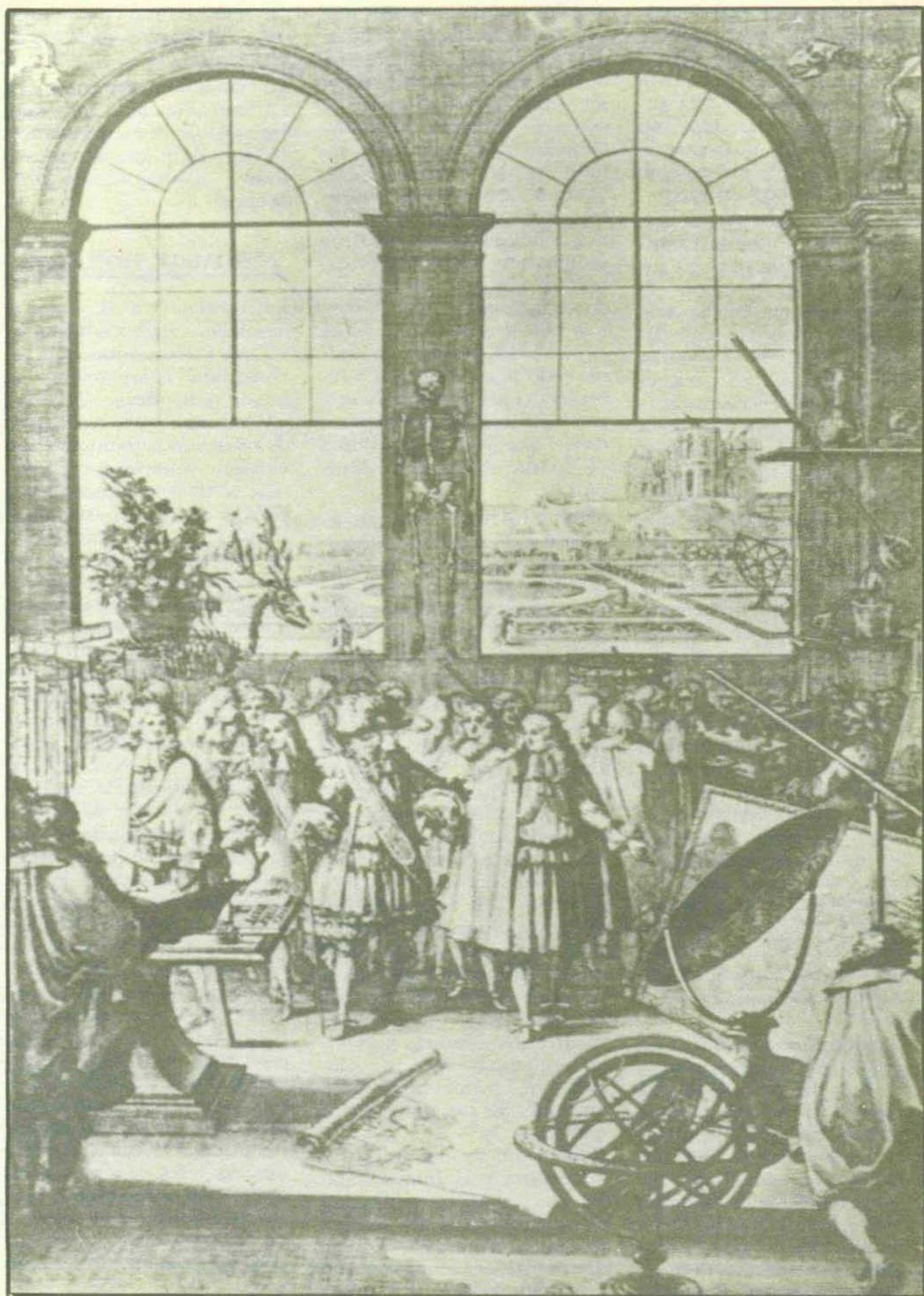


Celebración y festejos con motivo del matrimonio de Luis XIV y María Teresa de Austria, según una estampa del siglo XVII. (París, Gabinete de Estampas).

(en otro lugar matizará: «Los vicios entran en la composición de las virtudes como los venenos entran en la composición de los remedios»). Y así, por ejemplo, bajo la **clémencia** de los príncipes no hay más que vanidad, pereza y/o temor, la **sinceridad** «no es más que una fina disimulación para atraer la confianza ajena», la **aversión a la mentira** «es habitualmente una imperceptible ambición de otorgar consideración a nuestros testimonios y de atraer a nuestras palabras un respeto religioso», el **amor a la justicia** sólo esconde el «temor a sufrir la injusticia», «se suele hacer el bien para poder hacer impunemente el mal», pues «el bien que hemos recibido de alguien quiere que respetemos el mal que nos hace»; cumplimos

nuestro **deber** no por virtud, sino porque «nos retienen la pereza y la timidez», «lo que parece **generosidad** no es con frecuencia más que ambición disfrazada, que desprecia los pequeños intereses para aspirar a otros mayores», la **humildad** suele ser «una fingida sumisión de la que nos servimos para someter a los otros, un artificio del orgullo que se rebaja para elevarse», tras la **liberalidad** se esconde «la vanidad de dar, a la que amamos por encima de lo que damos», y tras la **piEDAD**, «una hábil previsión de las desgracias en que podemos caer» y el concurso que podemos necesitar de aquel a quien socorremos; nos **confiamos** a los demás por puro «deseo de hablar de nosotros mismos» y para mostrar nuestros defectos del modo

que más nos conviene; la **bondad** misma «no es por lo común más que complacencia o debilidad», por lo cual «no es digna de alabanza la bondad de quien no tiene capacidad para ser malvado: cualquier otra bondad no es casi siempre más que pereza o impotencia de la voluntad». En definitiva, todas las virtudes se reducen a **amor-propio** (interés, orgullo, egoísmo, vanidad: nombres varios de lo mismo) y bajo ellas no hay otra cosa que el incontrolado movimiento del **humor** y las **pasiones** regido sólo por la imprevisible **fortuna**: «Las virtudes se pierden en el interés como los ríos se pierden en el mar» y no irían muy lejos «si la vanidad no les hiciera compañía»; llamamos virtudes a la «reunión de diversas acciones y diversos in-



Visita de Luis XIV a la Academia de Ciencias. Grabado de Sebastián Leclerc. (Paris, Biblioteca Nacional).

tereses que la fortuna o nuestra habilidad sabe componer»; y no hay razón alguna para atribuirnoslas, pues «la fuerza y la debilidad del espíritu están mal llamadas; no son, en efecto, más que la buena o la mala disposición de los órganos del cuerpo».

No somos nosotros los que controlamos nuestras pasiones, sino ellas las que nos gobiernan: «La duración de nuestras pasiones no depende de nosotros más de lo que depende la duración de nuestra vida», «hay en el corazón humano una generación perpetua de pasiones, de modo que la ruina de una supone casi siempre el establecimiento de otra»; estas pasiones, «únicos oradores que siempre persuaden», aparecen siempre a pesar de los velos de la piedad y del honor y «engendran con frecuencia sus contrarias: la avaricia produce a veces la prodigalidad y la prodigalidad la avaricia; con frecuencia se es firme por debilidad y audaz por timidez»; «el espíritu es siempre víctima de los engaños del corazón» y «si resistimos a nuestras pasiones, es más por su debilidad que por nuestra fuerza»; «cuando los vicios nos abandonan, nos pavoneamos de ser nosotros quienes los dejamos» y, llegados a la vejez, «damos buenos consejos para consolarnos de no poder ya dar malos ejemplos».

No parece haber pasión más fuerte que el **amor-propio**, o al menos no parece haberla tal que él no se halle presente e intente apañarla a su favor: él, «el más grande de todos los aduladores», «más hábil que el más hábil de los hombres del mundo», de inagotables y desconocidos recursos, más ligado a nuestros gustos que a nuestras opiniones, igualador de todos los hombres por el

orgullo (común a todos y que sólo se diferencia por los medios y la manera de sacarlo a la luz), cuya función parece ser «ahorrarnos el dolor de conocer nuestras imperfecciones», nos hace caer en todo tipo de contradicciones, como la de «no poder consolarnos de que nuestros enemigos nos engañen y nuestros amigos nos traicionen, y estar sin embargo satisfechos de engañarnos y traicionarnos nosotros mismos». El es el padre del **interés** que «habla todo tipo de lenguas y representa todo tipo de personajes, incluso el del desinteresado», y que pone a su servicio «todo tipo de virtudes y de vicios».

¿Qué otra cosa que el amor-propio rige nuestras relaciones con los demás? Es él el que hace que siempre tengamos «fuerza bastante para soportar los males del prójimo» y que «el mal que hacemos no nos atraiga tanto odio y persecución como nuestras buenas cualidades»; él está en el fondo del **resentimiento** que experimentamos ante quienes nos resistimos a reconocer superiores, y el que hace que haya «muy poca gente lo bastante sabia como para preferir la censura que le es útil a la alabanza que le traiciona»; en la **sociedad humana** «cada cual quiere obtener su placer y sus ventajas a expensas de los demás», mas paradójicamente «los hombres no vivirían mucho tiempo en sociedad si no fueran unos y otros víctimas de sus mutuos engaños».

Finalmente todo se reduce a la fortuna y el humor: «La fortuna y el humor gobiernan el mundo», dice La Rochefoucauld. Pero añade algo que convierte a ambos en algo tan imprevisible y sin ley como el **azar**: «Los **caprichos**

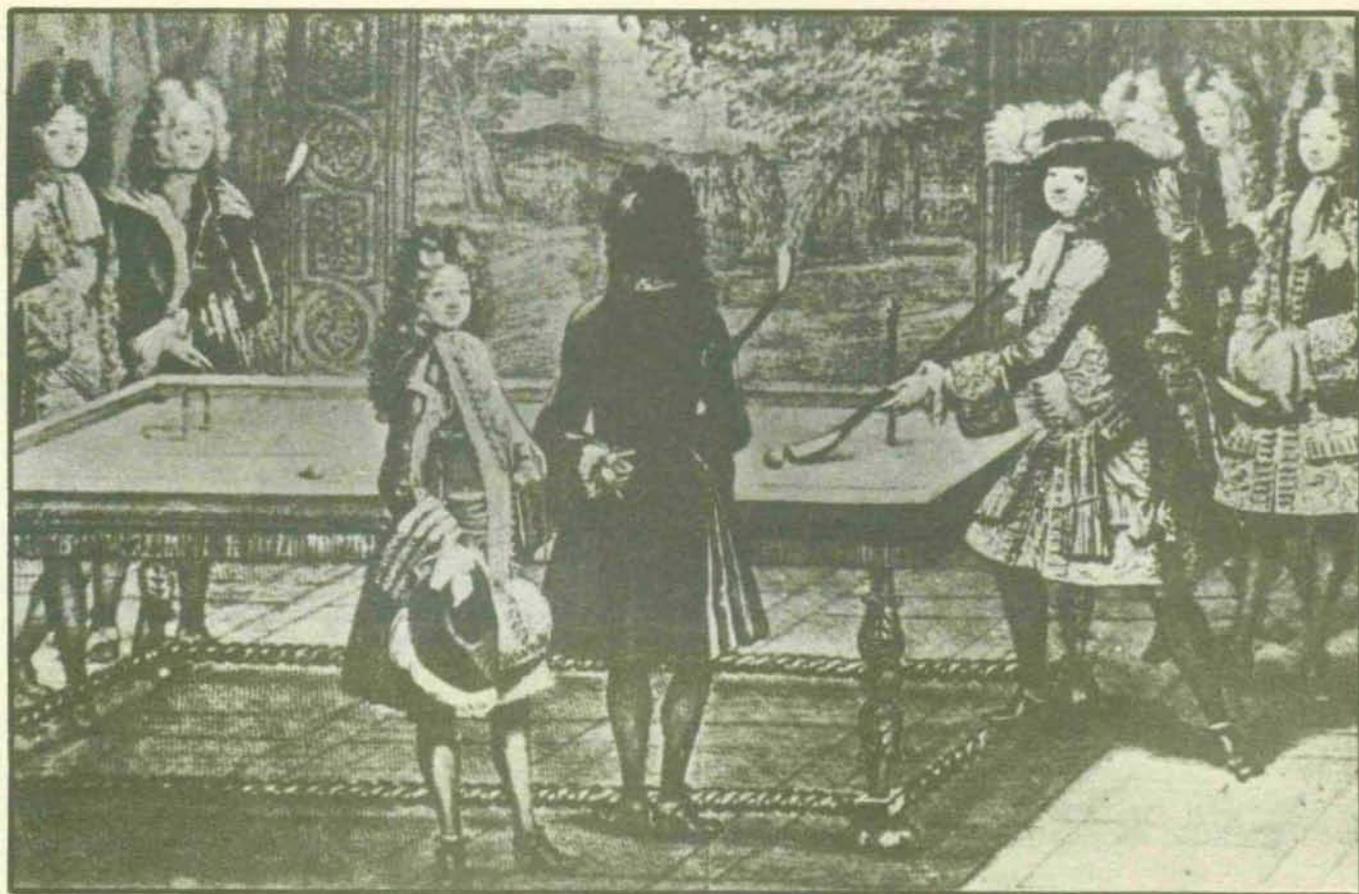
de nuestro humor son aún más extravagantes que los de la fortuna».

La vida humana se le antoja a La Rochefoucauld un ciego, infructuoso y contradictorio intento de poner el esquivo azar a favor de nuestro amor propio.

L'HOMME HONNÊTE

La resistencia a reconocer el desolador cuadro anterior es tal que La Rochefoucauld recomienda irónicamente al lector considerar que las «Máximas» son verdaderas de los demás pero no de él: así conseguirá superar y confirmar al tiempo el escollo que para el conocimiento supone el amor propio. Pues en su opinión son de carácter **moral**, más aún **pasional**, los obstáculos interpuestos en el camino de la **veracidad**: «No tenemos **fuerza** suficiente como para seguir **toda** nuestra razón». Para La Rochefoucauld el problema es **cuánta verdad** somos capaces de resistir: «Nunca nadie ha emprendido la tarea de extender y conducir su espíritu tan lejos como pueda ir». En ese viaje parece haber un límite claro: la muerte, la dificultad del pensamiento para afrontar la muerte: «Ni al sol ni a la muerte se les puede mirar con fijeza». De ahí la venda en los ojos del condenado a la pena capital (todos, finalmente) y esa otra venda espiritual del héroe que esconde bajo el desprecio a la muerte el temor de encararla; pues aquí ni tan siquiera el amor propio viene en nuestro auxilio: «Es desconocer los efectos del amor propio pensar que pueda ayudarnos a contar para nada con lo que debe necesariamente destruirlo».

Sintomático por demás re-



Estampa de Trouvin, de la serie llamada «los Departamentos». (Paris, Biblioteca Nacional).

sulta que ni en este punto extremo, que tanto se presta a ello, comparezca en la pluma de La Rochefoucauld el personaje al que la tradición medieval ponía bálsamo a la herida: **Dios y la religión** brillan literalmente por su ausencia en las «Máximas». La Rochefoucauld sólo hace la mitad del camino con los Padres de la Iglesia y los jansenistas (a los que llama en su defensa ante las críticas a su obra): la descripción del hombre caído y sumido en la abyección no se abre en su caso a la gracia redentora que posibilita una moral cristiana. Ningún precepto de tal moral ilumina las páginas de las «Máximas». Y tampoco brillan otras dos «morales» que la Edad Media conoció: la **moral del héroe** que cantara la épica y la del **amor cortés** que los trovadores difundieran ofreciendo cobertura literaria y esotérica a la

mística cátara. Aquel joven que se soñó héroe corneliano capaz de raptar a la reina (tenía 23 años cuando el estreno de **El Cid**) se complace en la madurez derribando a los héroes de su pedestal: «Excepto por su gran vanidad, los héroes están hechos como los demás hombres», y lo que tenemos por grandes acciones «son por lo general efectos del humor y las pasiones. Así la guerra entre Augusto y Antonio, que suele relacionarse con su ambición por convertirse en dueños del mundo, no fue quizá más que un efecto de los celos».

En cuanto al amor, las «Máximas» guardan la escéptica huella de una experiencia ni muy feliz ni capaz de sublimar místicamente la inevitable infelicidad, una experiencia simple y modestamente lúcida, amarga e irónicamente lúcida: «Si se juzga el amor por la mayoría de sus

efectos, se parece más al odio que a la amistad», «el amor presta su nombre a un infinito número de comercios», «hay matrimonios buenos, pero no los hay deliciosos», «apenas hay pasión en la que el amor a sí mismo reine tan poderosamente como en el amor, y siempre se está dispuesto a sacrificar el reposo de quien se ama antes que a perder el propio», «lo que explica que los amantes no se aburran nunca de estar juntos es que siempre hablan de ellos», «estamos más cerca de amar a los que nos odian que a los que nos aman más de lo que queremos», «en el amor, el engaño va casi siempre más lejos que la desconfianza», «la violencia que nos hacemos para permanecer fieles a quien amamos apenas vale más que una infidelidad», «se pasa con frecuencia del amor a la ambición, pero apenas se vuelve de la ambición al



Estampa de Trouvin, de la serie de «los Departamentos». (París, Biblioteca Nacional).

amor», «la comparación más justa que se puede hacer del amor es la de la fiebre: no tenemos más poder sobre uno que sobre otra, sea por su violencia o su duración». Fiebre que escapa a nuestro control y priva por ello de toda virtud o mérito a la fidelidad y la infidelidad, fiebre que esconde con frecuencia buenas dosis de amor-propio, el amor no parece escapar al diagnóstico general del comportamiento humano. Si el amor no nos transporta a otros mundos ni nos eleva sobre nosotros mismos como a Tristán, quizá se deba a **la mujer**. Idolatrada por el amor cortés, La Rochefoucauld nos la presenta a muy distinta luz: «la coquetería es el fondo del humor de las mujeres; pero no todas la ponen en práctica, porque la coquetería de algunas se ve retenida por el temor o la razón», «las mujeres creen con frecuencia amar aunque no amen: la ocupación de una intriga, la emoción de espíritu que produce la galantería, la inclinación natural al placer de ser amadas, y la pena de rehusar, les persuaden de que tienen una pasión, cuando no tienen más que coquetería», «las

mujeres no conocen toda su coquetería, son menos capaces de superar su coquetería que su pasión», «la inteligencia de la mayor parte de las mujeres sirve más para fortificar su locura que su razón», «hay pocas mujeres honestas que no estén cansadas de su oficio», «la mayor parte de las mujeres honorables son tesoros escondidos que sólo están seguros porque nadie los busca». Aquel adolescente que respiró en *L'As-trée* la atmósfera ya un tanto desvaída del amor como itinerario místico inspirado por una mujer elevada a la categoría de **Madonna**, acabó colaborando con Mme. de La Fayette, que despreció el amor en su vida para diseccionarlo en sus novelas —«cette chose incommode», lo llamaba—, en la narración de los infortunios de la virtud de **La Princesse de Clèves**, más cerca ya, a pesar de una cierta grandeza trágica, de la futura **Justine** que de la pasada **Isolda**. Ciertamente La Rochefoucauld habla en ocasiones del **verdadero amor**, capaz incluso del milagro de curar a la mujer de su coquetería y competir victoriosamente con

el amor propio; incluso llega a decir que lo que habitualmente llamamos amor no es sino degenerada copia del verdadero. Pero no puede decirse que fomente el optimismo: «ocurre con el amor verdadero como con la aparición de los espíritus: todo el mundo habla de ellos, pero pocos los han visto».

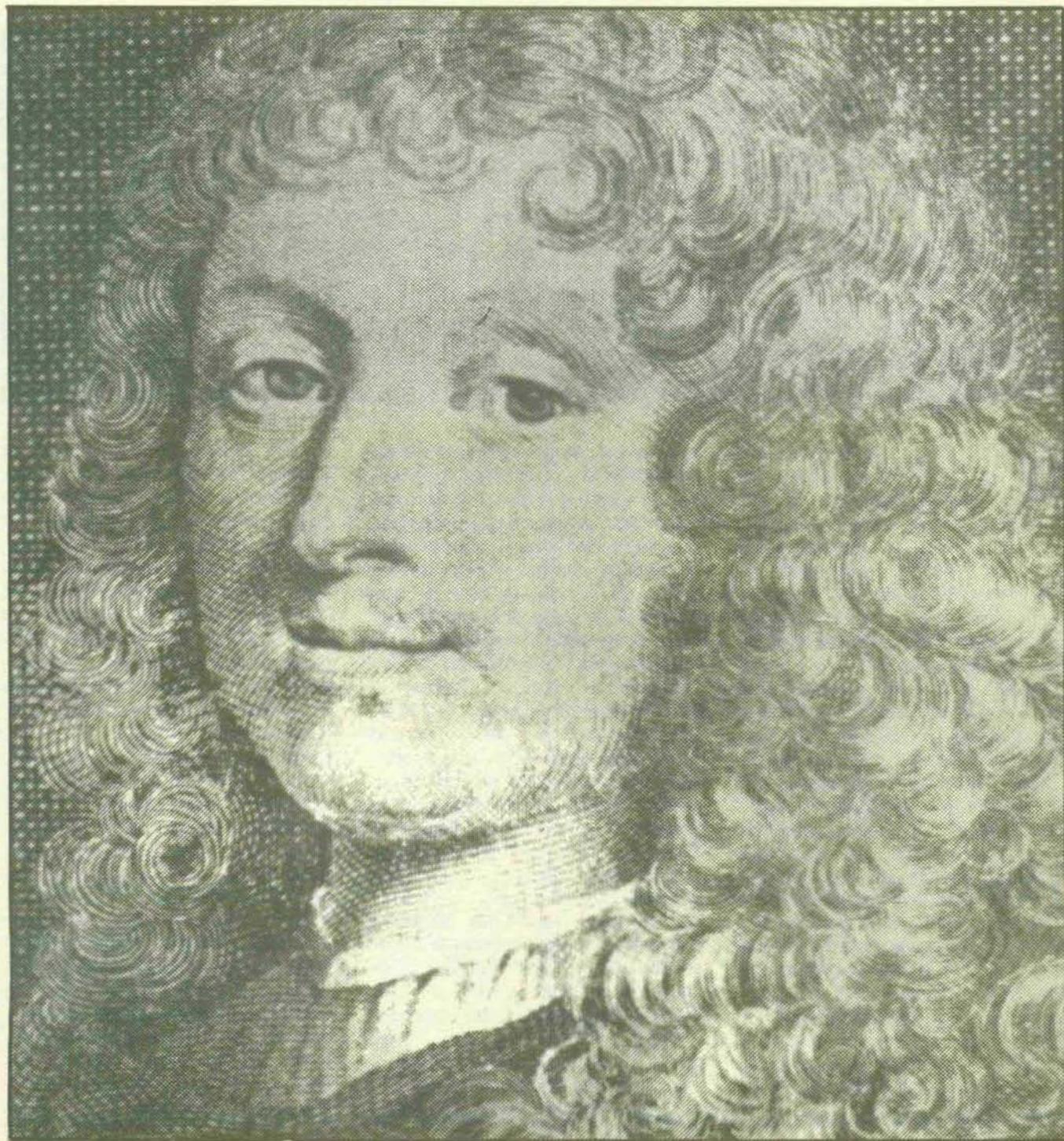
Algo así pasa también con la amistad, pues si por una parte «un verdadero amigo es el mayor de todos los bienes», por otra «si ya es raro el verdadero amor, aún lo es más la verdadera amistad».

Si algún ideal positivo hay en La Rochefoucauld, no será pues por el camino del buen cristiano por el que lo encontraremos; ni tampoco por el del héroe, al que en su tiempo todavía exaltan anacrónicamente Corneille y Racine, o el del amor, trasladado del incienso religioso a la lupa psicológica por la entonces naciente novela moderna. Su **honnête homme**, de fugaz aparición en las «Máximas» pero al que en las «Reflexiones diversas» de póstuma publicación se le dan prolijos consejos que mucho deben al gracianesco «Oráculo ma-

nual», mira con un ojo al pasado como exquisito aristócrata y perfecto cortesano que es, pero enfoca al futuro con el otro; pues su cimiento es el saber sin trabas que el filósofo moderno dice profesar: la **lucidez** sin censuras, engaños ni concesiones es el principal y definitorio rasgo de este **individuo emergente** capaz de guiarse con su solo genio e ingenio por ese laberinto

lleno de engaños, artificios y trampas que constituye la humana sociedad. La **independencia**, el **respeto** y una **prudente distancia**, es decir la **buena educación**, son los rasgos añadidos que la lucidez recomienda si quiere hacerse (a uno mismo y a los otros) la vida llevadera, y hasta grata, en esta jungla agitada por el amor propio. Quizá pueda de ese modo ha-

llarse la improbable amistad, mitigarse la inevitable herida del amor, y gozarse en la lectura y la conversación. El programa no puede desde luego competir con el Paraíso que la Edad Media prometía, la Moderna renovó y la Contemporánea difunde, pero quizá no sea mucho más, ni sobre todo esencialmente distinto, lo que la lucidez permite. ■ J. A.



Francisco de la Rochefoucauld, retrato de juventud.